

RIMAE LVO ARDOINO

FRANCISCO ESPINOLA:
SU OBRA LITERARIA

Apartado de la "Revista Nacional"
Tomo X. Nº 223-224

SALA URUGUAY

JULIO DE 1966
MONTEVIDEO

FRANCISCO ESPINOLA: SU OBRA LITERARIA (1)

Francisco Espínola nació en la ciudad de San José el 4 de Octubre de 1901, y posee la prez inestimable de ser el mejor novelista y cuentista uruguayo que goza de vida; y un auténtico exponente luminoso entre los compatriotas congéneres desde los albores de la literatura nacional hasta la actualidad.

Su producción, más que extensa, es intensa y esmerada, comprende además de la novela y del cuento, el ensayo, género de sobrio pensamiento y de erudita didáctica; la conferencia, la crítica literaria y de artes plásticas; la charla o conversación subjetiva y de honda raigambre humana.

Don Paco, es un excelente «causeur», dotado de atisbos filosóficos y definiciones certeras.

En 1927, publica sus primeros cuentos: «Raza ciega», costumbres, gauchescos, plenos de color y profundidad en el retrato de sus caracteres y tipos apasionados, poseedores de vigorosas voluntades.

Espinola, ya en esta obra evidencia una característica muy suya: ahondar en las almas hasta los planos subconcientes, e infundirles a las mismas su propio espíritu; es decir, una vitalidad idealista que suaviza, complementa, perfecciona las realidades psicológicas de sus personajes, ora aviva la realidad haciéndola más cruda y veraz.

(1) RIMAELVO ARDOINO, escritor de personalidad ya definida por la múltiple cultura, el estilo y la sagacidad crítica, nació en Paso de los Toros, el 14 de febrero de 1918. Ha cultivado, con inteligente aptitud y laboriosidad asidua, entre otros géneros literarios, el ensayo, la biografía y la crítica. Ha publicado los siguientes libros: «En pos de la felicidad» (ensayos filosóficos), 1939; «La prosa de Juan Zorrilla de San Martín» (ensayos literarios) 1945; «Carlos Guido y Spano: hombre y poeta» (biografía - Biblioteca ALFAR - 1949); «El cielo abierto» (ensayos filosóficos, 1955). Un opúsculo: «Carlos Angel Garré: genuino poeta» (Conferencia, 1947). Colaborador de la REVISTA NACIONAL, de «Alfar», de «El Mercurio» de Chile, de «El Comercio» de Lima, de «El Bien Público», del suplemento literario de «La Tribuna Popular», de «Tribuna Católica» estos últimos de Montevideo, ha publicado: «Julio J. Casal: su obra literaria», «Paul Claudel: escritor católico», «Balzac entre nosotros», «El cristianismo de François Villón», «El espíritu de San Agustín», «Molière: genial comediógrafo», «Robin Hood, héroe sajón legendario», «Juan Ramón Jiménez, su personalidad literaria», «El libro de las Salmos», «La recompensa de ultratumba», «Arturo E. Xalambrí: apóstol del buen libro», «Julio Herrera y Reissig: su obra poética», «Itabindranath Tagore», entre otros títulos. Como conferenciante, ha disertado acerca de: «Dickens: su obra literaria», «Vida literaria del Perú en el transcurso de los siglos», «François Villón: primer poeta francés», «Ernesto Pinto: su obra literaria», etcétera. Cabe consignar que muchos de sus trabajos, en el campo de las letras, han visto la pública luz en «The Voice», de Londres, en «La Croix de Gueules», de Biarritz y en otros órganos periodísticos nacionales y extranjeros. Es profesor de Literatura de Enseñanza Secundaria en Montevideo.

El autor, no permanece ajeno al mundo que describe, a ese macrocosmo —o microcosmo— que hace mover y hablar souleándolo con penetrante y aguda maestría. Género difícil es el cultivarlo por este escritor, preferentemente.

Género que necesita un proceso de gestación —no aludo a la labor de realización de la obra—, sino a la tarea mental y espiritual que la precede —a veces muy largo, y que siempre insume más tiempo que el demandado por la poesía, para transformarse en materia literaria razonada, poseedora de un definida arquitectura artística.

En 1933, ve la pública luz la festejada novela «Sombras sobre la tierra», libro de ambiente criollo, de personajes desgraciados en función o como consecuencia de la desheredad en que nacieron y viven. Almas heridas, personalidades de humilde condición; pero no siempre de psicología tan sencilla, tan primaria como una visión superficial las pueda presentar.

«Sombras sobre la tierra», es, a no dudarlo, una verista reproducción de una variedad ambiental típicamente nacional, paisana en el sentido lato de este vocablo.

La vida de los pueblos y caseríos (o rancheríos) del interior de un país, forma parte también, en su aldeísmo, de la realidad paisana, la cual puede ser enfocada con total naturalismo, ya idealizándola.

Espinola es un talentoso creador de caracteres, y un maestro en el análisis psicológico de sus personajes casi siempre en conflicto con la sociedad que los rodea.

Las miserias del vicio, de la indigencia, de la ignorancia, de las pasiones torvas encuentran en su pluma a un magnífico pintor. Pero, a él, tampoco escapan los arroyos humoristas y las fuentes cristalinas de la bondad, de la diáfana simpatía, de la sencillez edificante, ni los encantos de la vida del campo y de los pueblos o ciudades pequeñas.

«Saltoncito», novela para niños, dedicada a su señora madre y en memoria de Hans Christian Andersen, el gran cuentista y poeta danés, es un triunfo auténtico, un logro literario cabal del escritor maragato.

Más bien que una novela, constituye un cuento algo extenso, amenísimo, de renovado interés.

El sapito Saltoncito, el patriarcal viejo sapo Glu-glu, la madre de Saltoncito; Mángoa, el lechuzón Conversa con la Noche; y en fin, los restantes personajes de esta narración, están animados maravillosamente por una capacidad de comprensión y de gracia abrevada de genuino lirismo, y emplazados en diversos escenarios descriptos con sorprendente belleza al unísono que con exactitud ambiental.

«La fuga en el espejo», obra teatral, drama pantomima, obra que según el eminente prologista Profesor y escritor Don Roberto

Ibáñez: «Posee aptitud de perduración», es un raro diálogo entre: el hombre de cabello gris y la joven triste. Diálogo, con intermitentes semimonólogos, y que finaliza al actor renunciando a la palabra y sustituyéndola por la danza, apoteóticamente lírica, pero que alimenta al drama, está injertada en este último. Diálogo agudo, esgrimístico, de una subjetividad simbólica y de una compleja pugna psicológica de sus personajes.

«La fuga en el espejo», es una orfébrica pieza tan breve como profunda y de difícil interpretación en este doble sentido de la expresión: en el estricto teatral contenido de los actores, y en el exegético, o en el mero entender su significado de parte del intelecto del espectador o del lector.

El raptó y otros cuentos», enjundiosos relatos, es otro fruto intelectual de este escritor.

«Don Juan el zorro», novela muy ingeniosa y entretenida.

Complementa su producción convertida en letra muerta pero vivísima en su latir: «Milón o el ser del circo» (homenaje a Valéry) prologado por la insigne Esther de Cáceres.

«Tres cuentos: Los cinco — ¡Qué lástima! — Rancho en la noche», excelentes pinturas costumbristas, tan reales que parecen fotografías animadas y en colores.

La estructuración y diseño de los personajes, de los tipos, merecen un cálido elogio; y esa estructuración y dibujo, se traducen, asimismo, por el dialogado pletórico de vida, de naturalidad concorde con sus actores y con el clima ambiental. Estos cuentos, tienen frases, períodos de prosa poética, de belleza esmaltada y musical con un halo de simbolismo, que a modo de telón de fondo con tenuidad de esfumino viven, máxime en el cuento «Rancho en la Noche».

Entre sus ensayos y conferencias, evoco «Museo Joaquín Torres García», crítica; un dilatado y exhaustivo estudio preliminar sobre Eduardo Acevedo Díaz, y un brillante prólogo al libro de Ernesto Pinto «Por los caminos de Israel».

La obra novelística de Espínola, ha sido juzgada por conspicuos críticos como la de un Dostoiewski de nuestro pueblo; y otro, ha considerado a Osvaldo Spengler, autor de «La decadencia de Occidente», como a un hermanal antecedente en el tiempo del autor que me ocupo.

«La fuga en el espejo», me permite la siguiente afirmación: Espínola con su trágico simbolismo, hace recordar a Eugenio Gladstone O' Neill, el dramaturgo estadounidense, creador del nuevo teatro en su patria. Ese recuerdo, desde luego, tiene su fundamento en detalles de técnica teatral, en la complejidad de las situaciones cruciales dramáticas y en la propia de sus personajes; pero, la originalidad del escritor compatriota queda enhiesta, firme como un peñón.

Originalidad en el argumento, en la elección de sus actores y en el dialogado de muy subidos quilates.

Los libros de Espínola, han merecido las bellas —o adecuadas— ilustraciones de artistas pictóricos tales como: Luis Scolpini, Mario Spallanzani, Castellanos Balparda, Humberto Frangella y Henry José Cortazzo.

El nombre de este escritor, profesor de Literatura y de Estilística, director de una culta revista oficial, en Montevideo, galardonado con el Premio Nacional de Literatura en 1961, homenajeado por la Junta Departamental de la capital anteriormente mencionada en Setiembre de 1962, conferenciante radial y charlista en la televisión, hace años que ha trascendido al extranjero, siendo ese nombre recabado en diccionarios y enciclopedias; y sus obras han merecido y merecen ser prestigiadas por editoriales.

El, es un espejo espléndido por la nitidez de la reproducción óptica de las imágenes que delante se exponen; es un espejo fidedigno de un cúmulo de realidades —de valores y no valores— de la vida nacional, espejo al que Espínola agrega su latir humano, a veces tan humano que se envuelve a sí mismo y cubre a todo lo demás con el manto de la comprensión afectuosa, de la benevolencia generosa, altruista.

